

Bibliografía

NAVARRETE, Raúl. *Aquí, allá, en esos lugares*.

Siglo XXI Editores, S. A. México, 1966.

La *Odisea* en hexámetros, Eugenio Onieguin con versos de virtud prosaica y *Tabaré* de estrofa becqueriana, son novelas. La ambición ha sido siempre, y desde el principio, el arrebatado; por eso es nueva en nuestros días la idea de la novela poema. El lirismo de *Aquí, allá, en esos lugares* tiene su fuente en la charla provinciana, sin batallar con metáforas. No es un libro del campo, ni lo es de la ciudad; es de tránsito entre esas dos literaturas mexicanas. A veces como artificio, generalmente como intenso vuelco dramático, la repetición de palabras nos transporta. La repetición como elemento primero y prehistórico de la horda que hacía el conjuro de los elementos y la invocación. Desde algún tiempo remoto y muy anterior a la lengua española, llega un eco: *Recogieron la pluma y vieron lo que era: era una pluma, no era otra cosa sino una pluma caída de las alas del pájaro. Era una pluma, la vieron, la tocaron* (p. 117).

La narración de una historia es el hilo conductor, en algunas épocas casi abolido y en otras, el único. Raúl Navarrete ha escrito su novela con momentos apenas dichos de la vida diaria. Al final de la fiesta, no sabemos si la mancha en el suelo es de sangre o de mole. El campo se hace introspección. Pero la capital sólo es un conjunto de señales para no perderse o una contemplación ajena: *Era un sol sin rayos que parecía una luna llena y que no deslumbraba por más que se fijara en él la vista... y los coches corrían uno tras otro por las calles* (p. 101).

Se sostiene el nivel de poema por

su pura información sentimental. Es la conmiseración por sí mismo que se profiere insultos en boca anónima, es el niño que busca a su madre y el joven desamparado que transita por la avenida Insurgentes; y es también la timidez apasionada, la amada: *Déjame que lllore largo, largo. Te llamé en esas noches, volví los ojos y toqué mis manos huérfanas sin encontrar las tuyas... Volveremos a nacer y aprenderemos a morir. Aprenderemos a morir mirándonos las sienas* (p. 49).

No hay que buscar personajes: el autor es el único. Apenas existe objetivamente aquella mujer adornada de plumas y con llanto exquisito; más firmes trazos tiene la muchacha graciosa que hace el quehacer; el tío, la madre y el niño son estados de emoción. Sin embargo, trágicos y obsesivos, en ronda infantil o como duendes, irrumpen aquellos seres: *Danza y danza reían. Se miraban unos a otros y reían. Rieron cuando los rostros verdecidos saltaron frente a ellos y rieron al correr, al huir, furiosos, ya cuando huían de ser arrebatados* (p. 221).

Dividido en 194 partes, el libro evoca un vitral de luces discretas o un ocaso gris, entero con todos sus fragmentos. Solamente la parte marcada con el número 114, parece una anomalía: de longitud excesiva, resulta fatigosa; como repaso, es un añadido que empobrece. Aunque tiene algunos de los renglones más graves y bellos, no se justifica semejante desmesura.

Con ayuda de estribillos (*Vamos llegando / vamos llegando*, cantan las muchachas), el autor ensarta sus poemas en prosa (*Qué dices tú. / No digo nada* cantan los niños) y con intenso sabor, sin busca de colorines, ha hecho que el habla mexicana ceda y se exprese en instantes inusitados.

Con mayor fortuna, un compañero de la Facultad ha dicho en dos palabras esta nota de libro: "ternura implacable".

Jorge Arturo Ojeda

EHRENBURG, Ilia. *Los dos polos* (3er. libro de Memorias). Editorial J. Mortiz, Colección Confrontación, los Testigos, México, julio de 1966, traducción directa de A. Vidal, 268 pp.

El libro de I. Ehrenburg, tercer tomo de sus memorias *Gente, años, vida*, abarca un periodo de tiempo que va de 1921 a 1934 o sea la posguerra del 14 y la pre-guerra del 39.

El autor pasó esos años viajando por toda Europa y es por eso que nos da un panorama, no sólo de la Rusia Soviética, sino, sobre todo, de aquellos países que jugarían un papel importante en la Segunda Guerra Mundial: Inglaterra, Italia, Alemania, España y principalmente, Francia.

Aunque I. E. es un escritor "comprometido" no trata en su libro únicamente cuestiones políticas, sino también cuestiones literarias.

Por sus páginas desfilan gran número de personajes del mundo artístico, tanto rusos como extranjeros. Con algunas líneas, o con largos párrafos, I. Ehrenburg presenta y caracteriza a la élite intelectual de aquellos años. La mayoría de los nombres nos son familiares, otros, sobre todo rusos, no son conocidos por los lectores de habla española, pero los juicios favorables que de algunos de ellos, hace I. E., nos inclina a pensar que no pasará mucho tiempo sin que conozcamos en nuestro país, traducciones de sus obras.

Ehrenburg, en estas páginas de sus memorias, explica y critica sus propios libros, expone sus ideas personales sobre la creación literaria y sobre todo describe los sentimientos que lo agitan, como hombre y como escritor, ante los sucesos de su tiempo.

Magistralmente expuesto está el ambiente de pre-guerra, la progresión del fascismo y la ceguera de las democracias ante la catástrofe que se avecina, cuyos síntomas sociales, políticos y artísticos, retrata e interpreta el autor.

I. E. nos lleva de un lado a otro de Europa, nos sumerge en diferentes

ambientes, nos presenta los personajes reales más diversos. Con él contemplamos tanto el nacimiento del nazismo, como la "bohème" parisienne; los camisas negras italianos y los obreros suecos; los amos de las finanzas y los políticos del momento; los años entusiásticos de construcción de la URSS y la amargura y desconcierto de los emigrados. De Madrid a un pueblo escandinavo, de Berlín a la Exposición de París, de Manchester a Moscú, el autor va presentándonos gente y pueblos, dándonos su visión personal de toda Europa.

No es solamente un comunista, no es solamente un escritor, es un hombre sensible el que contempla estremecido ese mundo caótico y desconcertado que se derrumbará unos años más tarde. El libro es un vívido mosaico, sentido con hondura, cuyos pedazos se juntan para darnos un amplio panorama de aquellos años.

Muy interesante resulta esta obra de I. Ehrenburg, tanto para el lector maduro que conoció esa época, como para el lector joven que quiera conocer un testimonio de la crisis artística, política, moral y espiritual que prevalecía en el viejo mundo antes de la Segunda Guerra Mundial.

Los dos polos está escrito con ligereza, se mezclan las anécdotas, los juicios, los diálogos y las descripciones; es fácil de leer, tanto por su lenguaje, como por el interés de su tema; la traducción no es mala.

Siendo Ilia Ehrenburg uno de los escritores más notables de nuestro tiempo, sus memorias tienen el doble valor de lo literario y de lo histórico.

Mercedes Díaz

MURDOCH, Iris, *El unicornio.* Ed. Joaquín Mortiz, 1966.

En 1963 (año en el cual aparece en inglés) Iris Murdoch retoma los hilos de la novela gótica para darnos un relato de dos dimensiones. El planteamiento más superficial nos

ofrece un cuadro bastante conocido en las novelas de misterio: la institutriz que llega a una casa extraña, donde hay algo insano que no puede aprehender fácilmente, pero que poco a poco va intuyendo la presencia de una mujer exquisita, alrededor de la cual gira el misterio; la alusión constante a una persona que está muy lejos, pero a la cual hay que temer; y la del resto de los personajes, dentro de las convenciones de este género; esto no ofrece ningún interés por sí mismo, y la autora parece saberlo bien, ya que utiliza además de los recursos clásicos, antes nombrados, una serie de motivos y tópicos modernos que aparentemente podrían desentonar, pero que sin embargo son tan bien manejados que dan un nuevo interés a este tipo de novela, al mismo tiempo que lo dotan de una vigencia real. En este último caso estarían las relaciones sexuales, normales y pervertidas, y las relaciones afectivas que se desarrollan dentro de un mundo promiscuo.

Para el tipo de lector que sólo busca distraerse un poco, *El unicornio* es la novela ideal, ya que la autora va enseñando poco a poco las cartas con las cuales juega y haciendo entender que todavía quedan otras más interesantes, cosa que excita la curiosidad. No obstante, la novela es de mayor profundidad e interés, y satisface también al otro tipo de lector, al que busca algo más que entretenerse. La idea principal de la autora es esclarecer si la libertad es algo inherente al hombre y por lo tanto sujeta al dominio de éste, o si por el contrario es algo en lo que no se tiene arte ni parte. No llega a conclusiones categóricas, pero deja abiertos varios caminos para que el lector tome el que desee.

Todos los personajes están tratados con fuerza, y se independizan en cuanto aparecen, constituyendo un núcleo amplio de personajes auténticos de novela, ya que cambian y se desarrollan ante el lector. Marian, la institutriz; Hannah, la mujer presa; Effingham, el nexa prin-

cipal entre las tres mujeres; Scottow, carcelero perverso; Violet, mujer amargada; Jamesie, entre ingenuo y pervertido; Denis, Alice, Max, Pip, etcétera, están viviendo intensamente aunque en forma poco reflexiva lo que les toca en suerte, pero al final se les puede aplicar la frase que en una carta se aplica a Marian: "Deja de pensar que la vida te está estafando, acepta lo que te ofrece y aprovéchate de ello. ¿Es que nunca serás realista?" Cuando al final todos se dispersan, van con la sensación de que han sido estafados en algún sentido, y que por primera vez podrán ser realistas.

Están tan bien movidos los hilos, que no queda un solo cabo suelto, y la impresión después de la lectura es la de un todo unitario, bien contado, y casi perfecto, que reconcilia con la verdadera novela gótica, aunque como dijimos antes modificándola al mismo tiempo que dotándola de vigencia y frescura.

La traducción decae en algunas partes de la novela, lo cual es una lástima. Además tiene ciertas incorrecciones de léxico, un ejemplo es el constante galicismo "influenciar" por influir.

Eduardo Naval

JOSÉ AGUSTÍN. *De perfil.* Ed. Joaquín Mortiz, 1966.

José Agustín es evidentemente un privilegiado de las musas, entrar al ruedo literario bajo el auspicio directo de nada menos que Shakespeare no le es dado a cualquier principiante en las lides artísticas. Pues sí, José Agustín es un auténtico escritor shakespeariano. Difícilmente podría hallarse una obra literaria que con más exacta precisión se apegue a la celeberrima descripción shakespeariana de nuestro mundo: "A tale told by and idiot, full of sound and fury, and signifying nothing". Eso es exactamente el engendro titulado *De perfil*.

José Agustín, modesto al cabo, no pretende darnos, como Shakespeare, una visión total del mundo, sino, más limitadamente, su visión del mundo de la adolescencia mexicana. Pero desde luego, si su intención era aplicar a una situa-

ción particular la fórmula genérica de Shakespeare, lo consiguió plenamente. Al terminar de leer las 350 páginas de *De perfil*, estamos absolutamente convencidos de que los adolescentes mexicanos, por una parte, y el escritor José Agustín, por otra, son un hatajo de idiotas furiosamente empeñados en meter el mayor ruido posible para no decir absolutamente nada.

Por lo que se refiere a los adolescentes mexicanos, ellos tienen la palabra para confirmar o refutar la opinión que de ellos tiene José Agustín. Si ellos están de acuerdo, entonces hay que abonar a favor del escritor el habernos dado un documento fotográficamente exacto de un sector de la sociedad en que vivimos. Si no están de acuerdo, tendremos que considerar a José Agustín como único responsable de tan deprimente visión del mundo.

De cualquier modo, es digno de todo encomio el esfuerzo de José Agustín; porque tener la perseverancia de escribir 350 páginas para decir lo que otro, cuatro siglos antes, ya había dicho en dos líneas, merece nuestro aplauso, no cabe duda. Con el agravante de que además esas 350 páginas son todas exactamente iguales entre sí, lo cual ya representa una dificultad más para el autor. Y no sólo eso, sino que además las ¡350 páginas! están escritas en una lengua extranjera, particularmente pobre en cuanto a sintaxis y léxico; el argot preparatoriano, por el cual José Agustín siente una predilección tan irresistible que hasta cuando cree escribir en español, cae inconscientemente en las trampas lingüísticas que le tienden sus ignaros personajes: solecismos sin número, humorismo chabacano, por no decir "sangrón", pobreza casi patológica de vocabulario, etcétera.

En resumen, la novela de José Agustín podría llamarse, en vez de ese malhadado *De perfil* que, con gran vergüenza por parte nuestra, confesamos no entender en lo absoluto a qué viene, como la de Arthur Koestler *El cero y el infinito*. Efectivamente, la deprimente impresión de ingente nadería que se desprende de cada página de la obra de José Agustín no desemboca nunca más que en otra nadería que a su vez fluye, monótona y rutinaria, hasta otra nada, y así sucesivamente hasta el infinito, o sea de nuevo al cero del punto de partida. Cuando cerramos el libro de José Agustín, nos encontramos exactamente en la misma situación que cuando lo abrimos en la

primera página, con la diferencia de que ese vacío que retrospectivamente se nos extiende por las tres o cuatro horas de lectura anterior, nos produce una vaga sensación de malestar nauseoso, como cuando, después de haber estado inflando un globo a fuerza de pulmones, se nos escapa de las manos y desaparece de nuestra vista.

Y ahora en serio: para hacer sentir al lector ese mundo del adolescente, hecho de sensaciones a flor de piel, juicios confusos, ideales vagos, caprichos febriles, absolutismos superficiales, púdicos romanticismos e impúdicos *strip-tease* intelectuales, angustiosa necesidad de comunicación, trabada por innumerables impedimentos reales o imaginarios, ese mundo en fin de incertidumbres, que lo contiene todo en potencia y nada en realidad, para hacer revivir ese mundo, no basta con echar a andar una grabadora en medio de un grupo de adolescentes. Tiene que haber además un testigo. Un ojo, un oído, un cerebro, que mire, escuche, entienda a esos adolescentes; ese es el papel del escritor. Si el escritor no asume ese papel de testigo, es el lector el que tiene que asumirlo por él; entonces el escritor pasará a formar parte de la masa indistinta de sus personajes, y el lector será el verdadero autor, es decir el testigo que interpreta, y no sólo registra pasivamente, lo que ve y lo que oye. José Agustín es quizá demasiado joven para darse cuenta de ello, pero el escamotear así su responsabilidad de autor es una señal inequívoca, y peligrosa, de cobardía.

Sinceramente le recomendamos a este joven, y por joven excusable, aspirante a intelectual, que se decida de una buena vez, si quiere llegar a ser un escritor, y no una simple máquina registradora, a asumir plenamente su papel de artista, es decir de testigo objetivo y subjetivo a la vez, puesto que un testigo siempre es, quiéralo o no, de cargo o de descargo. Si quiere saber cómo aplicar, en la práctica, esta norma que todo escritor debe aprender como esencial de su oficio, bástele con leer, a modo de ejemplo ilustrativo, *The catcher in the rye* de Salinger, ése es exactamente el libro que José Agustín quiso escribir y no pudo. Esperamos que su juventud no lleve a tanto que no quiera admitir como norma de aprendizaje el ejemplo de sus mayores. Sería una lástima que se perdiera una buena voluntad, por falta de recursos (eterno problema de los países subdesarrollados).

Cristina Conde